

"EL CORDOBES": Veterano en esta plaza

ESTE Manuel Benítez tiene cuarenta y tres años y lleva veinte en ejercicio. Casi un record. Nació dos meses justos antes de que su protector y amigo personal nos devolviera manu militari la España de charanga y pandereta. Se estrenó en 1960, porque "quería comer jamón" y dejar de arar y guardar vacas. Llegó a ser español universal, a conquistar más holandesas y suecas que Vizcaíno Casas, y a estar en el museo de cera de varios países del Mercado Común y de fuera de él. Mientras, se hizo millonario y parecía retirado, dejándonos a los españoles en la más espantosa soledad. Casi al mismo tiempo perdimos al padre y a nuestro propio espíritu. Tras ellos, solamente nos quedó la orfandad, la afectación ilustrada y el afeminamiento.

De "El Cordobés" se hablaba en voz baja. Había quien creía, de buena fe, que era un "rojo" disfrazado, y se comentaba que su padre, un camarero de Palma del Río, llamado "El Renco", había sido muerto por las tropas franquistas durante la guerra civil. Al principio se dudaba si el desclasamiento sería definitivo o sólo simulado durante esta primera etapa. De todas formas no importaba mucho. Era la reivindicación del pueblo llano. La respuesta de los miserables que sabían demostrar, cuando era necesario, que podían llegar a donde fuera porque les sobraba voluntad y bemoles para hacerlo.

Ya que se estaba en la época de los tecnócratas, bueno era sacar una versión hispana del *self made man*. Sólo que en versión española

—toreo y quiniela— a base de suerte, salero y tenerlos bien puestos.



Manuel Benítez se prepara en Villalobillos para su "reentré".

RAMIRO CRISTOBAL

Aprendiendo a morir

Quieren los papeles que Manuel Benítez Pérez, campesino andaluz de origen, fuera peón de albañil y maletila. En 1959 le encontramos en el madrileño pueblo de Loeches, toreando una novillada con el ebanista de Vallecas, Manuel Gómez. Los

toros, difíciles, se llevan por delante, para siempre, al vallecano y dejan herido a Manuel Benítez. Esa noche en la enfermería de Loeches, con la muerte de su compañero tan cercana y presente, es fundamental en su vida. Ahí debe decidir entre el andamio y la miseria, o tentar suerte una vez más con los toros. Al fin vencen las cornas del hambre y decide aguantar el tipo.

La leyenda del torero llega muy pronto. Torea 67 novilladas en 1961, y en 1963, Antonio Bienvenida le da la alternativa en Córdoba. Para entonces, la prensa del cora- ▶

"EL CORDOBÉS"

zón y algunos diarios le son incondicionales; ellos son los que difunden lo que la gente debe saber. Un ejemplo, el periodista Isidoro Penín escribe en "Dígame", el 20 de agosto de 1963: "El Cordobés" es alegre, noble, caritativo, cariñoso, sencillo y de inteligencia nada común". Periodistas que comienzan a despuntar como buenos muchachos inquietos del desarrollismo le hacen entrevistas, escriben reportajes, son sus amigos e invitados.

Gracias a estos caballeros tan serviciales nos enteramos de que el torero posee varias fincas y palacios en Palma del Río, Córdoba, Jaén y Sierra del Brillante. Un cronista del mito, dice, a mediados de los años sesenta, que es devotísimo de la Virgen de la Macarena, que su personaje preferido es don José María Pemán y que posee "terrenos, negocios, inmuebles, un hotel en Córdoba y un garaje en Madrid...".

El o quien le maneja aprenden pronto dónde está el pan. Se fotografía con Franco y adopta aires de señorito. Devoto, da dinero para construir una ermita y hace declaraciones, donde sale a relucir su visión de propietario, sobre el problema andaluz: "No sé ni entiendo —dice— que haya que hacer una reforma agraria en Andalucía. Lo que hay que hacer es regar. Las tierras son buenas. Es mentira que los agricultores ganen poco. Lloran mucho".

Sol y sombra

La leyenda está ahí, pero con ella está la realidad. La verdad de un país que debe entrar en una caricatura de liberalismo económico, sin dejarse sorber el seso por las libertades políticas. Nada mejor que la imagen de un torero-capitalista. "El Cordobés" viene como anillo al dedo al aparato de alienación

del régimen. Nunca se sabrá si es el poder el que crea el mito o lo recoge cuando ya está en marcha. El resultado es el mismo: el personaje es mostrado hasta la náusea como símbolo de lo que una persona puede alcanzar, con un poco de buena voluntad, en la España de Franco y del Opus Dei. Sus fincas, su dinero y sus jolgorios aparecen en la prensa, la radio y la televisión, casi a diario. Ya no estamos, dicen todos aquellos reportajes, en una España clasista: un vaquero, un peón de albañil, puede llegar a relacionarse con la nobleza más blasonada y hablar con ella de tú a tú.

Significativamente, un diario madrileño publica un reportaje-conversación entre "El Cordobés" y Gabino, "el de las quinielas", otro proletario centenario en millones de la noche a la mañana. El trabajo es digno de verse. El matador pregunta al quinielista qué va hacer con todo ese dinero y acaba por decirle "te vendo algo". Gabino sonríe con cazurrería campesina y no dice ni si ni no. La gente lee todo esto y se da alegres codazos. "¡Vaya dos tíos! Entre los dos no se dejan ahorcar por quinientos millones". Y la vida parece más fácil y con más esperanzas. Quién sabe si una quiniela o una circunstancia cualquiera... El dinero parece estar al alcance de la mano.

Claro que, a veces, las cosas cambian. Particularmente cuando los escritores Larry Colling y Dominique Lapiers escriban la biografía "O llevarás luto por mí", sobre la vida del torero. Concebido el título como segunda parte de la frase, atribuida a "El Cordobés", "O triunfo...", presenta la otra cara de la moneda. En este sentido, la propia existencia del mito es fruto de la barbarie, la violencia y la pobreza resultante de la dictadura. Según los autores, Manuel Benítez queda huérfano

como consecuencia de la guerra y se orienta hacia los toros para huir de la miseria tradicional del campesino andaluz. También representa la otra cara del desarrollismo, porque cuando los españoles empiezan a ir en Seiscientos, su mito va en Rolls y tiene una avioneta particular.

El libro constituirá un escándalo considerable. "El Cordobés" se alarma y clama contra las personas que aprovechándose de su buena disposición hacen interpretaciones de ese cariz. Respecto a los juicios de los autores sobre Franco se apresura a asegurar: "Profeso un gran afecto personal a nuestro Caudillo, que ha sabido mantener la paz". Estamos en 1967.

Aprendiendo a vivir

Ese mismo año, "El Cordobés" tiene un sueño. Una mañana se levanta con la premonición de que su vida está en peligro y de que debe retirarse de los toros cuanto antes. Los empresarios se alarman: subirán las cotizaciones lo que sea necesario. Manuel Benítez está en lo más alto y llena las plazas. Es

una figura popular y da lo mismo que toree o no. Hay quien dice que esta figura ha animado, revitalizado, la fiesta.

Los viejos aficionados, la crítica más honesta, se mesa los cabellos. Para ellos está claro que "El Cordobés" es un "bluff" de proporciones considerables. De vez en cuando se dicen cosas al respecto en voz más o menos velada. Se habla de que los animales que lidia el gran mito no tienen edad suficiente, que tienen visiblemente afeitadas las defensas y que interviene como dueño y señor en el sorteo de las reses. Lo peor es que los demás toreros se dejan llevar por tan buenas disposiciones y convierten la fiesta en un gigantesco timo, tanto mejor pagado cuanto que el turismo comienza a considerar los toros como algo obligado en su circuito de acercamiento al subdesarrollo y el primitivismo español.

En 1969, la buena estrella de "El Cordobés" comienza a palidecer. Hay un serio enfrentamiento con el poderoso "clan" de empresarios taurinos, y éstos se niegan a contratar al torero en sus condi-



"El Cordobés" con Paloma Valdés: el hambre ya habla dejado de dar cornadas.



El torero de Palma del Río contempla arrodillado la agonía de su enemigo.

ciones. Consecuencia: queda excluido de las principales plazas de España. Tras atraer a Palomo Linares a su bando, intenta contraatacar con una plaza portátil. Con amargura verá que su público no le es tan fiel como creía. Su campaña es casi un fracaso.

En 1970, año en que se retira, los escándalos crecen. En Sevilla, el público rechaza los toros de Carlos Núñez, elegidos por el propio torero. Hay una nueva irregularidad en el sorteo de los toros en Zaragoza. Hay almohadillas en San Sebastián; se niega a ir a Bilbao y hay un escándalo en Vitoria que se salda con una multa del gobernador civil, por desconsideración hacia el público. En Murcia se le muere un toro que estaba lidiando, con la bronca consiguiente.

Por lo demás, sus relaciones se agrían considerablemente con parte de la prensa, en particular con el crítico Alfonso Navalón, al que ya en 1967, en el hotel Carlton de Bilbao, dos próximos al torero habían tratado de gol-

pear en su propia habitación. Eran éstos Juan Antonio Isúa Picazo, apoderado y cuñado del torero, y el banderillero Paco Ruiz. Años más tarde, Navalón escribirá un tremendo artículo sobre Manuel Benítez. El 6 de junio de 1978, el crítico escribía en "Pueblo": "... Es el mismo que le pegó a un guardia en Córdoba, el mismo que orinó en la boca de un fotógrafo cuando dormía desfallecido en el diván de un hotel. El mismo que tira vestidos a la piscina a sus invitados. El mismo que potreó a las mujeres y a las hijas de los aristócratas embobecidos por su fama. El mismo que recibió a los 'peregrinos del sobre' sentado en la taza de un inodoro y, con los sobres del dinero colocados en el bidé, los iba nombrando y entregándoles el soborno. El mismo que, amparándose en aquella famosa foto con Franco, amenazó a unos veterinarios —que habían rechazado las seis indecentes cabras— con llamar a El Pardo y buscarles 'un disgusto' si no daban

por buena aquella chotada con la que se inauguró una plaza castellana. Fue el torero títtere del Plan de Desarrollo, prestándose a protagonizar la corrida antihuelga del 1 de mayo para evitar que los obreros se echaran a la calle en tan conflictiva fecha".

Vuelta al ruedo

En efecto, la omnipotencia de su misión y la decadencia, más tarde, parecen poner de mal humor al diestro. En 1974 golpea a un agente municipal en Córdoba y es sacado de la cárcel por su abogado, Manuel Núñez, que aparece en casi todas las ocasiones importantes de su vida. Ya en 1969 había sido detenido en el Corral de la Morería de Madrid por discutir con un policía que le había pedido la documentación. La prensa de entonces se vio negra para hablar del suceso sin ofender a la Policía ni al gran Benítez. Años más tarde, ya retirado, otro asunto triste: "El Cordobés" golpea con una piedra en la cabeza

al hermano de un arrendatario suyo; se trataba de Natillo Molero Jiménez, cuyo hermano, José Molero, explotaba bajo contrato la finca "La Saetilla", propiedad del matador.

Aunque esto sea lo de menos, lo cierto es que los ecos que llegan desde su retiro son pintorescos. Por ejemplo, el intento que hace de quedarse con el casino de Las Palmas, que al final pasará a manos del grupo Sinatra y de su delegado en España, Xavier Cugat. No obstante, Manuel Benítez y Angel Peralta, entre otros, consiguen otro casino en Gran Canaria: el construido en el Cortijo de Tasártico, al Sur de la isla.

Al fin, en 1978, concede una entrevista y se muestra sumamente cauto. Dice que ha aprendido mucho en la vida y que ahora piensa que debe haber "más justicia y menos caridad". Dice haber vendido la avioneta, que ya no usa el coche de lujo y que apenas tiene un caballo. Ya no se sabe bien qué ha sido del rosario de sus propiedades: "Saetilla", "Villalobillos", "Monroy", "La Mata". Tampoco se sabe si sigue siendo aún accionista del Banco Meridional de Córdoba.

El capítulo siguiente es el anuncio formal de volver a los toros, a cinco millones corrida, según dicen. ¿Van mal los negocios de Manuel Benítez? No sería el primero que ve disolverse su fortuna, amasada durante el franquismo, en tiempos de las multinacionales. Queda por ver si aún puede mantener un mito, cuando las creencias han cambiado. Si aún es posible mantener en activo la alienación, cuando la fuente de la misma lleva varios años seca. La vuelta de "El Cordobés" es un "test" para la madurez del pueblo español y sería penoso constatar que aquí, también, sigue en la más inmadura adolescencia. ■ R. C.